

El café de la esquina

María V Dicándilo



**EL CAFE DE LA
ESQUINA**

Capítulo 1

Perderse en esta ciudad, con su gente y su calma. Ciudad de enojos, ciudad de risas. Ciudad cultural y analfabeta. Ciudad de ricos y pobres. Ciudad argentina y cosmopolita. Ciudad de amores pasionales y engaños aberrantes. Buenos Aires, y malos también.

A mis espaldas sobre Larrea

-¿Cuál busca?- Le pregunta un sesentón de traje gris a aquella mujer de mirada intencionalmente perdida.

- Mmmmm, Perón- Contestó ella casi segura, luego de un prolongado silencio.

Como quién no busca dirección, solo un mero acompañante. Percibe el caminar de aquél caballero de ciudad, intuye su destino. Ella conoce la ciudad mejor que él.

Perón...

El apoya suavemente su mano izquierda en su hombro derecho y juntos caminan sin saberse, sin conocer hasta donde.

Desaparecen entre la muchedumbre.

Perón...

Sentada en este precioso café de mala muerte, mostrando los residuos de una Buenos Aires vieja y abandonada, se acerca hacia mí un «muchaseñor» de unos 35 años y me saluda casi amablemente. Su chaqueta blanca me da a entender que es el mozo, no me pregunta que deseo tomar, solo se para frente a mí. Le pido un por favor café, se retira y me lo entrega a la brevedad, con timidez adolescente y desgano agonizante.

Frente a mis ojos, ella, cruza la calle. Monitorea el andar de los autos, sostiene contra su pecho una pequeña bolsa plástica. La AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) quedó a sus espaldas y ella inicia quizá, el regreso a casa. Suena su teléfono y un estridente ¿¡Qué! ? desenfocan por completo mis ojos de ella. Mi curiosidad husmeaba en sus pasitos cortos, rápidos pero inseguros. La dimensión de su cuerpo no la dejaban caminar en libertad, enredaba sus pies, como quién no encuentra el ritmo en su primer running; su vestimenta conservadora facilitaban mi enfoque en lo profundo y retiraba de mi vista lo mundano.

Una mujer alemana en apariencia, de religión Judía, mirada islámica, paso norteamericano y dualidad porteña.

¿Quién sería esa mujer tan diversa y quién asumía la responsabilidad de alterarla de esa manera del otro lado del teléfono?

El contaminante humo de un fiat spazio modelo '89 despertaron cierta mocosidad en mí, lo que me llevó inevitablemente a mirar hacia el otro córner.

Allí estaba él, otra vez al teléfono:

- «Andela mushkila» le dice a su oyente en Árabe. La impetuosidad del tono de su voz hacían a su barba blanca y tupida subir y bajar cada vez que emitía palabra.

El capot abierto no dejaba de humear, Marruecos se hacía presente en esa piel color bronce, en esa mirada renacida, cansada y vivaz. Todavía feliz. La solución parecía llegar para él, quizá el auxilio al arreglo de sus piernas destruidas pero aún funcionales ,quizá la resignación o postergación del caso .Cerró su auto y comenzó a caminar. Él también se perdería entre la gente una vez más.

Sentada a mi diagonal sur, algo la preocupaba inmensamente. Tolerando los templados 24°, cubría su espalda con una bufanda rosa de lana punto arroz, de esas que no airean ni respiran. Su cabeza se hundía entre el plato de medialunas que no sabían a nada pero que acompañaban su café. Ojos grandes, azules y amenazantes, fijaban su bronca en aquella mesita de bar que sufriría el golpe. Era el blanco perfecto para anestesiar ese pensamiento tan duro y recurrente. Sin pestañeo de por medio sería un golpe seco y definitivo.

En mi misma línea, yo. Y cada cual en sí .

Y yo en aquél cafecito hermoso de mala muerte como mera observadora. Sintiendo la plenitud del que disfruta del oficio. Sin intenciones de mantener el foco en aquella joven de ojos manantial. Aparté con desinterés mis ojos de ella, decidí pagar el café e irme.Sin preguntarle si necesitaba algo. Pensando que quizá fuí también objeto de observación de algún otro sin notarlo.

Entendiendo que quizás hay uno en un millón que observa en profundidad al resto, como yo. Y tal vez, haya un millón que cierran los ojos en uno mismo.

Y hoy la dualidad de esta ciudad me atrapó y me envolvió en su bipolaridad y egoísmo.

Fui observadora por diversión y abandoné cuando los ojos empezaron a quemar.